



Andana
editorial

MALDITOS ZAPATOS

Colección
TRENCADIS

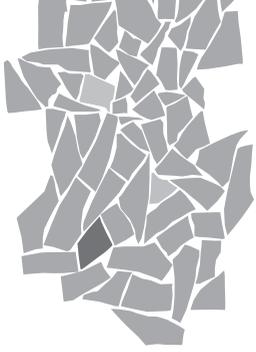


MALDITOS ZAPATOS

T O M P E R C I V A L



Andana
editorial



*Este libro está dedicado a todas aquellas
personas que alguna vez se hayan sentido un
poco como Will.*

Publicado por primera vez en inglés por Simon & Schuster UK, Ltd.
con el título de *The Wrong Shoes*
© Texto e ilustraciones: Tom Percival, 2024
Traducción: Antonio Díaz Pérez
Revisión: Leticia Oyola

© Andana Editorial
Av. Aureli Guaita Martorell, 18
46220 Picassent, Valencia
andana@andana.net
www.andana.net

1.ª edición: marzo de 2025
ISBN: 978-84-19913-81-4
Depósito legal: V-1168-2025
Impreso por Gràfiques Martí



Queda prohibida la reproducción y transmisión, total o parcial de este libro bajo cualquier forma o medio, electrónico o mecánico, sin el permiso de los titulares del *copyright* y de la empresa editora. Todos los derechos reservados.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y hechos narrados son producto de la imaginación del autor o se han empleado de forma ficcional. Todo parecido con personas vivas o muertas, sucesos o lugares reales es pura coincidencia.

Fuente tipográfica creada en el Reino Unido por Sorrel Packham





**PRIMERA
PARTE**



CAPÍTULO UNO

ESTE NO ES NINGÚN CUENTO DE HADAS.

No, a menos que sea uno de esos *realmente* anticuados en los que básicamente le ocurren un montón de cosas terribles a un pobre niño desprevenido. Supongo que debería considerarme afortunado de que un lobo no se haya disfrazado de mi abuela y haya intentado comerme. Pero ¿sabes qué? Incluso entonces, incluso en esas historias en las que a la gente la parten por la mitad, la mastican y la acaban escupiendo, *en algún momento* llega un final feliz. Y ahí está la diferencia, ¿no? Porque esto no es más que mi vida, y no hay en ella *nada* garantizado.



Vaya... Qué deprimente, ¿verdad? ¡Aún no me conoces y ya me estoy poniendo lúgubre! Sea como sea, por algún sitio hay que empezar, como diría papá.

Así que supongo que podríamos hacerlo por aquí. ¿Qué te parece? Está lloviendo. Qué sorpresa, ¿verdad? Pues claro que está lloviendo, y eso me pone el día un poco más difícil. Me explico: tengo un agujero en la suela del zapato, justo en la planta del pie. Es como una boquita burlona que se abre y se cierra a cada paso que doy.

¿Y qué pasa cuando llueve? Pues, como habrás adivinado, ¡pasa que se me moja el pie!



¿Y a quién le gusta ir con el pie mojado? Tienes toda la razón: ¡a *nadie*!

Ya sé que podría ser peor y que hay que mirar las cosas con perspectiva, pero, aun así, tener el pie frío y mojado puede desanimarte mucho. Así que ese es el *STRIKE UNO* para mis zapatos: dejan entrar el agua, lo que para mí es un punto *negativo* fundamental. Pero *incluso* cuando estaban nuevos y no dejaban entrar nada de agua, eran espantosos. *Nunca* han sido adecuados.

Papá dice que es probable que, siempre y cuando no crezca más, nos duren hasta fin de año. Imagino que es una de sus bromas, aunque cualquiera sabe. Antes era fácil saber cuándo bromeaba: se le iluminaba la mirada, todo se volvía cálido y los dos nos reíamos, pero reírnos *de verdad*.

No es algo que pase ahora con frecuencia.

Sea como sea, estos son mis zapatos, y es lo que hay. Pero, como punto positivo, no tengo que preocuparme de que me los roben: ¿quién los querría?

El caso es que corro bajo la lluvia, con la idea de llegar al instituto cuanto antes. Aunque decir esto puede hacerte pensar que soy un intelectual, es más bien que allí hace calorcito y se está seco; además, ¡ya casi es invierno y en casa hace un frío que pela!

Esto es lo que hago todas las mañanas (excepto, *claro está*, los fines de semana y en vacaciones): salgo de la cama, abro la puerta y me voy al instituto. Hay veces en las que me encuentro con Cameron por el camino. Es mi mejor amigo. Vive al otro lado de la ciudad, aunque bien podría decir que lo hace en otro mundo, en un mundo de puertas bien pintadas, grandes jardines y Land Rover aparcados en la entrada.

Pero esta mañana en concreto no veo a Cameron; de hecho, no veo a nadie. Bueno, a nadie que quiera ver, pero *sí* que veo a Chris Tucker. Podría decirse que es lo peor. A algunos chicos les gusta, o fingen que les gusta o algo así. La verdad es que parece que le tienen miedo y ya está.

Empezó a ir al gimnasio del centro hace un tiempo, aunque solo va un curso por delante del mío, así que *se supone* que aún es demasiado joven para ir. Lo que pasa es que su hermano conoce al que lleva el gimnasio, y, si la gente le tiene miedo a Chris, no sé ni cuál será la palabra que defina lo que sientan por su hermano. En definitiva, no es alguien al que le puedas decir que no si te gusta seguir teniendo la cara que tienes.

Así que ahora Chris va por ahí con el pecho todo hinchado y los brazos separados del tronco, como si tuviera

los músculos *tan* grandes que ya no pudiera apoyar los brazos en los costados (no los tiene tan grandes, y podría), pero nada de eso importa realmente, porque, aunque sus músculos no son en realidad *descomunales*, sigue siendo bastante duro (sin duda, más duro que yo), y lo sabe.

A Chris *le encanta* charlar conmigo. Debo de ser una de las personas con las que más le gusta hacerlo, porque puede burlarse de mis zapatos, de mi abrigo, de mi mochila o de lo que sea. Estamos *tan unidos* que hasta tiene un apodo para mí, un apodo que a él y a sus «colegas» les parece de lo más gracioso.

En cuanto lo veo, me pongo los auriculares y subo el volumen de la música para hacer como que no me he dado cuenta de su presencia. Parece haber funcionado... hasta que noto cómo me quitan los auriculares.

—Hey, Cutrelandia —me dice mientras se le dibuja una sonrisa en los labios—, ¿qué pasa?

—Ah. Hey, Chris. Pues, en realidad, nada... Ya sabes... Voy al instituto.

—*¡No me digas!* —responde.

Me encojo de hombros e intento volver a ponerme los auriculares, pero Chris no los suelta.

—Así que has estado haciendo esos garabatos otra vez... —dice Chris mientras asiente al mirar los dibujos que he hecho en mi mochila con rotulador; al terminar la frase se le dibuja una sonrisa de oreja a oreja y añade—: Verdad, ¿Garabatos?

A esto es a lo que se dedica Chris. Es como un pescador que, sentado junto al río, lanza el sedal para hacerme picar. Solo lo dice para provocarme, pero ¿sabes qué? No le funciona, porque *ese* apodo sí que me gusta.

Hace un par de años salí en el periódico local por unos dibujos que hice en la pared de una cafetería regentada por una mujer llamada Sally, amiga de mamá. Ya había visto algunos dibujos míos por casa y una noche me pidió que dibujara algo junto a los aseos de su cafetería. Como a mucha gente le gustó lo que hice, Sally me pidió que hiciera dibujos también en el espacio principal de su local. ¡Al final acabé cubriendo casi una pared entera! Recuerdo la noche en la que salimos todos (papá, mamá y yo) para la gran inauguración. Fue entonces cuando alguien del periódico me hizo la foto junto a la pared y me puso el apodo de Garabatos. Muchos chicos me estuvieron llamando así una temporada.

Me da la sensación de que fue hace mucho, y la cafetería ya no existe. Es una pena. Sally solía invitarme a beber algo siempre que me pasaba por allí. Y, la verdad sea dicha, eso ahora me vendría de perlas.

—Venga, seguro que tienes *algo* que quieras enseñar —insiste Chris—. Siempre andas garabateando. ¡Vamos a echar un vistazo!

—Déjalo —le digo—. ¡Está diluviando! No voy a sacar aquí mi cuaderno.

—Solo quiero echar un *vistazo* —insiste mientras levanta las manos y se encoge de hombros, como dando a entender que está siendo razonable.

—Déjalo, no quiero llegar tarde a clase.

—Está bien, *buenecito*.

Y ya está. Chris suelta los auriculares y se aparta para dejarme pasar. Exhalo un pequeño y silencioso suspiro de alivio.

Momentos después, siento un fuerte tirón en la espalda cuando Chris me arranca la mochila del hombro. Mi padre siempre me dice que me ponga la mochila con las dos correas por la espalda. Por una vez, desearía haberle hecho caso.

—¡Déjame! —grito.

—Vaya, ¡qué *peleón!* —responde Chris con una voz cantarina.

—Ya en serio: déjame en paz, ¿vale?

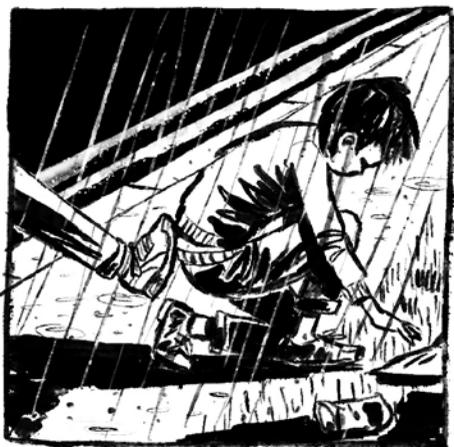
Intento recuperar la mochila, pero Chris se ríe mientras me agarra del brazo. Aunque ya he dicho que Chris no es que sea enorme ni nada así, *no* he mencionado lo flaco que soy yo.

—A ver *eso*.

Chris ha sacado mi cuaderno y lo tiene abierto en una mano. Veo cómo explotan sobre mi dibujo las contundentes balas de lluvia. La tinta se acumula para luego deslizarse por el papel en el que hay un dibujo de un dragón, que se enrosca por las páginas, se extiende y se destiñe. La ferocidad que le había conferido al animal al dibujarlo ya no tiene sentido: la poderosa figura que cabalga sobre su lomo lleva una cota de malla, inútil contra la lluvia. Un momento después, el feroz y afilado ojo del dragón queda borrado por la lluvia que cae de la visera de la gorra de Chris.

—¿Así que ocultabas que eres un friki de *Dungeons & Dragons*¹? —me dice—. ¡Cómo puedes ser TAN..., yo qué sé, *predecible!*

.....
1. También conocida como *D&D*, o *Dragones y mazmorras*, es una franquicia de juegos de mesa, videojuegos, libros, figuras y películas que gira en torno a un mundo de espada y brujería.



Me lanza el cuaderno. Se me escapa, *cómo no*, y va a parar a la mata de hierba que hay junto a la acera.

Cuando me agacho para recogerlo, Chris me da un toque con el pie; en realidad no es ni siquiera un empujón, pero basta para hacerme perder el equilibrio y que me caiga hacia delante.

—Nos vemos en el instituto, Cutrelandia —dice mientras se aleja.

¿Ves a lo que me refería? Chris Tucker es *lo peor*.





CAPÍTULO DOS

LA VERDAD ES QUE LO DE CHRIS NO ME ha molestado demasiado. La mayoría de la gente me da bastante caña. A ver, que no es que me peguen *de verdad*, pero casi todo el mundo se mete conmigo. Sobre todo por los zapatos.

Ah, y aquí vamos de nuevo con los zapatos...

Supongo que tendría que describirlos. Es tarea fácil: son feos. Feos sin ambages. De imitación de piel, baratos y malos. Todos los demás llevan Stan Smith, Nike negras, Reebok clásicas y cosas así, y los que usan zapatos *de verdad* por lo menos los llevan *decentes*. Pero los míos costaron menos de diez libras, y se nota.